

El azul duele y me hace daño

Recuerdo que ocurrió el último fin de semana de septiembre porque cambiaban la hora- a las tres serían las dos- y las aves nocturnas tenían sesenta minutos más para disfrutar de la oscuridad. Hasta entonces el azul me había parecido un color realmente precioso- reflejado en el cielo y en el mar en calma. Azul con sabor a algodón dulce, azul de ojos que miran a ningún sitio.

Yo vivía en un pueblo tranquilo y pequeño y la orquesta, puntual, tocaba los primeros acordes. Ella estaba allí- en la mitad de la plaza- bailando como si le fuese la vida en ello, desgastando sus zapatos, los más cómodos, que siempre usaba con pantalones vaqueros. El matrimonio la alejó del baile- antes todo eran giras en teatros. Mi padre la alejó del baile, hombre de costumbres fijas que no gustaba de las fiestas populares.

Con la excusa de sus hijos aprovechaba las noches de fiesta para reunirse con sus amigas y bailar- a veces suelto, a veces agarrado- todo aquello que los músicos tocasen parando tan sólo para coger aire o beber un traguito de lo que fuese que aliviase su sed.

El reloj dio las dos- que aún eran las dos- y luego las tres que seguían siendo las dos y mientras ella reía y bailaba yo perseguía a los niños del lugar diciéndoles cosas tontas porque estaba en esa edad en la que te empiezas a interesar por ellos y lo único que se te ocurre es decir cosas tontas.

Cuando por fin dieron las tres la orquesta paró de tocar y como si se tratase de un toque de queda la gente se retiró a sus casas. Ella me agarró de la mano y me llevó hasta el portal.

- 'No hagas ruido', me dijo en un susurro. 'No hagas que se despierte tu padre.'

Subimos las escaleras siempre agarradas de la mano y llegamos hasta la puerta de casa. Ella intentó meter la llave en la cerradura pero algo se lo impedía. Su expresión cambió en un instante y yo sentí la fuerza de su mano contra la mía y el sudor de su piel en mi piel.

- 'Mierda', dijo y yo me extrañé tanto de que usase esa palabra.

- 'Tu padre ha bloqueado la cerradura con otra llave. No podemos entrar.'

Apenas pasaron unos segundos hasta que se decidió a tocar el timbre-segundos largos de indecisión. Primero lo tocó suave, luego con rabia. Entonces oímos el ruido de unos pasos y la llave al moverse. Ella temblaba.

Los golpes sonaron secos y sus gritos desgarradores. El puño de mi padre buscaba cualquier hueco donde poder hincarse, cualquier zona a la que poder pegar. Ella lloraba y gritaba y yo en el umbral de la puerta miraba su pijama como si no estuviese sucediendo.

No salió ningún vecino pero al día siguiente pondrían cara de pena cuando mi madre les contase que se había pegado un golpe cayéndose por las escaleras.

Cuando la soltó ella fue corriendo a esconder sus lágrimas y moraduras tras alguna puerta cerrada que me impidiese pasar. La casa olía a sudor y a whisky. Él se tumbó en el suelo, en medio del pasillo y entonces se dio cuenta de que yo estaba allí, ' Tráeme una manta, tengo frío'. Yo quité los ojos de su pijama azul pálido y cerré la puerta.